

PABLO JACOBO

SÍSIFO



Sísifo

Pablo Jacobo

*To those who complete this extraordinary act of magic, there at the
other end of the broken shackles of time.*

Sísifo

Él no sentía el paso del tiempo: su conciencia se había quedado congelada en ese instante en el que, de pronto, un grupo de pibes se le había ido encima. Creyó que querían asaltarlo. Se detuvo, les ofreció dinero, pero entonces uno lo había golpeado con un fierro en la cabeza. El arma improvisada se dobló, no sin antes arrancarle parte del pelo y el cuero cabelludo. Cuando vieron la placa de metal que había debajo, aullaron de alegría como si se tratara de una manada de primates salvajes. Hay personas que encuentran un enorme placer en destruir androides. Se ensañaron con él hasta destrozarlo.

Estaba en alguno de los basureros que rodeaban el distrito portuario de Nueva Rosario. No podía ver nada, ni tampoco moverse. Sólo quedaba esperar, repasando una y otra vez aquel momento hasta que algún estímulo externo quebrara aquel bucle de pensamientos que, en un humano, se hubieran considerado obsesivos.

Lo que intentaba dilucidar, sin poder arribar nunca a una solución concreta, era si no le hubiera convenido matarlos a todos con sus propias manos.

•

Podía conectarse a la red de datos, pero no tenía a quién pedirle ayuda. Intentó crear perfiles falsos y ofrecer recompensas a quienes se acercaran a sus coordenadas específicas a buscar lo que sólo describió como «un objeto de valor», pero nadie aceptó el encargo. Mandó mensajes a la administración del predio, pero fueron ignorados.

Aprendió a familiarizarse con los sonidos del lugar: Los camiones que llegaban cada tanto a descargar, pero nunca se acercaban demasiado. Las ratas, que le pasaban cerca buscando comida, pero nunca se detenían. Las gaviotas, que sobrevolaban el predio continuamente y que, cuando descendían, era sólo para tomar algo que se asomaba en la superficie.

Hasta que un día, percibió algo distinto. Eran pasos. Alguien trepaba la montaña de basura en la que estaba atrapado.

—Ayuda —dijo, subiendo al máximo la potencia de sus emisores sonoros.

Los pasos se detuvieron. Él volvió a pedir ayuda. Los pasos se acercaron. Hubo movimientos. Finalmente, vio luz.

Sintió cómo unas manos pequeñas lo alzaban, como a un tesoro.

•

El chico se llamaba Ramiro y tenía ocho años. Por lo que le contó en los días sucesivos, era huérfano, y no tenía a nadie. Dormía y dejaba sus cosas en un galpón abandonado que había encontrado en el puerto. A veces, iba al basurero a ver qué encontraba. Algunas personas le daban comida. En el centro, si quería, había lugares donde podía ir a buscar ropa, darse una ducha e incluso quedarse a dormir, pero prefería estar solo.

—Necesito que me ayudes —le dijo.

El niño asintió en silencio.

—Poneme a la altura de tu pecho, mirando para adelante.

Ramiro obedeció.

—Girá un poco para tu derecha.

El niño titubeó.

—Para el lado que está el sol.

—Ah, sí.

Lo hizo.

—Un poco más —dijo el androide.

Ramiro se movió lento y recién se detuvo cuando escuchó a la cabeza emitir un:

—Pará.

Luego agregó:

—Caminá para adelante, lento. Cuando yo te diga, frená.

El niño cumplió las indicaciones al pie de la letra. Cuando el androide le indicó que se detuviera, miró para abajo y vio que, de entre la mugre, se asomaban unos dedos.

•

Dos días más tarde, había recuperado buena parte de su cuerpo. El muchacho era hábil con las manos, y las instrucciones que tenía que seguir no eran muy diferentes de las que se requieren para armar un set de ladrillos encastrables. Una vez que recuperó el uso de sus propias manos, todo el proceso se aceleró. Ramiro lo llevaba de acá para allá tirando de un carrito destartado que habían encontrado en el vertedero.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó en un momento.

—Fermín —dijo el androide, eligiendo un nombre al azar.

—¿Qué te pasó? O sea, ¿por qué te desarmaron?

—No sé —fue la respuesta. —A veces la gente hace cosas así, porque sí.

—Que gente estúpida —dijo Ramiro, un instante antes de pegarle un pisotón a una terminal de datos que estaba tirada en el suelo, y quebrarle la pantalla.

•

Fermín encargó las piezas que no pudieron encontrar ni reparar y las hizo enviar al galpón abandonado en el puerto, el cual compartieron durante dos semanas. La primera vez que Ramiro regresó con un paquete en las manos, después de haber atendido al repartidor, le preguntó:

—¿Podés pedir helado?

Resultó que sí, que podía. Fermín también podía pedir ropa, una bicicleta y una consola de juegos con más de un millón de títulos precargados.

•

Una noche, mientras el androide trabajaba en acoplar su nueva cadera a sus viejas piernas, Ramiro le preguntó:

—¿De dónde sacás la plata? Digo, para comprar todo esto.

—Tengo ahorros. Vengo ahorrando hace muchos años.

—¿Los androides trabajan?

—No sé. Yo sí, trabajo. Trabajé muchos años. Apenas pueda, me voy a poner a trabajar otra vez.

—¿Para qué? —preguntó el niño. —No necesitás comer, no necesitás dormir. ¿Para qué trabajás?

—Para hacer algo —dijo Fermín, y no agregó nada más.

•

El contrato original seguía activo. Eso era raro. Por lo general, si pasaba demasiado tiempo, la agencia le asignaba la misión a otro operativo. Quizás era sólo un error del sistema. Fermín envió un mensaje encriptado para comprobarlo. La respuesta automática fue escueta: «Contrato sin restricción de tiempo. De ser posible, proceda.»

Alguien lo había contratado para que se ocupara de un tal Adrián Montiel, programador e ingeniero cibernético. Comprobó que los datos que figuraban en el archivo original no requerían actualización: hasta donde podía ver, aquel tipo seguía trabajando de lo mismo y vivía en el mismo lugar.

Todo aquello era muy extraño.

•

El sol hería con rayos oblicuos la calle cuando salieron por última vez juntos de aquel galpón. Fermín vio que, por un instante, los ojos del niño se desenfocaban y se quedaban mirando a la nada, mientras murmuraba algo como para sí. No era la primera vez. Fermín sospechaba que el muchacho podía tener alguna afección de tipo neuronal no diagnosticada.

Se agachó un poco, mirándolo a los ojos. El niño reaccionó.

—¿Te voy a volver a ver? —le preguntó.

—No creo —dijo Fermín. Le tendió un teléfono celular. —Tiene cargados tres mil créditos. Todos los meses se van a cargar, automáticamente, la misma cantidad. Te deberían alcanzar para que no te falte nada.

Ramiro agarró el aparato y se lo guardó.

—Deberías buscar a alguien que te cuide —le aconsejó el androide.

—Prefiero estar solo —respondió el niño.

A Fermín no se le ocurrió ninguna respuesta, así que simplemente se marchó.

•

Habían pasado poco más de veinte años desde la última vez que había recorrido esas calles y se sorprendió al comprobar que no habían

cambiado demasiado. Nueva Rosario parecía más ordenada, más limpia, más luminosa, menos peligrosa.

Entró al edificio en el que vivía Montiel después de hackear la cerradura electrónica del acceso lateral, el que daba al callejón donde estaban los contenedores de basura. Antes de ingresar, había descifrado la clave de la red inalámbrica y había vulnerado el software que controlaba las cámaras de seguridad ubicadas en los espacios comunes. Atento a los movimientos en los pasillos, ascensores y escaleras, fue desplazándose por el edificio sin que nadie lo viera.

El departamento de Montiel estaba en el piso 44.

Una vez allí, pudo conectarse a la red inalámbrica de la vivienda. Montiel no había cambiado la clave que, por defecto, usaban los operarios de la compañía para configurar los routers. Comprobó que había una sola cámara activa en el departamento, que registraba lo que pasaba en el comedor. Montiel estaba allí, cenando. Todo parecía indicar que estaba solo.

Fermín se acercó a la puerta, dispuesto a forzar la cerradura.

Pero, apenas puso su mano sobre el picaporte, algo sucedió: su cuerpo dejó de responder. Se quedó aferrado a la perilla como una ridícula escultura posmoderna.

—Andá, abríle —le ordenó, a alguien, Montiel.

Cuando Ramiro tiró de la puerta hacia adentro para abrirla, el picaporte se escurrió de los dedos flácidos de Fermín, que no opusieron resistencia.

•

—Sos terco, eh —comentó Montiel, una vez que lo tuvo sentado en el sillón de living.

Fermín no dijo nada. No podía.

—Igual, no sé qué esperaba. ¿Que te fueras, así no más? Supongo. Que te subieras a la siguiente nave interestelar y a otra cosa, ¿no? O sea, ¿qué tiene que pasar para que abandones un contrato? En fin, asumo que no me dejás otra, ¿no? No me va a quedar otra que destruirte. Es una lástima. Quedan pocos de tu tipo.

Ramiro estaba sentado en el suelo, cerca. Se miraba las uñas, y no hablaba.

—Pibe —dijo Montiel—, pásame esa terminal, la que está arriba de la mesa.

El niño obedeció.

—Te voy a restaurar las funciones verbales, a ver si nos podemos poner de acuerdo —comentó el hombre, antes de manipular los controles. Luego agregó: —Listo, ahí deberías poder hablar.

Fermín no dijo nada. Montiel resopló. Se sentó en el suelo, frente a él.

—Supongamos que te doy el doble de lo que puso mi ex suegro en el contrato —le ofreció.

—No tenés esa suma —fue la respuesta.

Montiel miró el techo, exasperado, antes de decir:

—La puedo conseguir. Puedo vender este departamento, pedir un par de favores.

—Si sabés del contrato, y sabés quién encargó mis servicios, es porque de alguna forma conseguiste acceso a la base de datos de la agencia. Comprobá las sumas que cobré, digamos, en los últimos quince años. Mi número de identificación siempre es el mismo —dijo Fermín.

Montiel lo revisó. Se puso pálido. La terminal se le deslizó de entre los dedos y cayó en sobre la alfombra, sin hacer ruido.

—No es por plata —dijo el androide.

El hombre lo miró.

—¿Y entonces? ¿Qué es? ¿Tu programación? Simplemente no podés dejar un contrato inconcluso, ¿es eso?

—Seguramente tu suegro lo sabe, y por eso pidió que el trabajo fuera asignado a un androide. Sabía que, tarde o temprano, iba a venir a buscarte, costara lo que costara —dijo Fermín. —En su momento, tu ex mujer presentó una denuncia por violencia de género, pero las pruebas desaparecieron del servidor del juzgado de manera misteriosa. Todo apunta a un hackeo, pero no lo pudieron comprobar. Al día siguiente, su padre recurrió a la agencia, sin saber que sus sistemas también habían sido comprometidos.

—Cuando vi el contrato, mandé a esos pibes con la idea de que te dieran un susto, pero se les fue la mano. Yo no sabía que eras un androide, y tampoco me imaginé que ellos se iban a ensañar con vos de esa forma. Accedí a las cámaras de la estación orbital y vi todo. De cámara en cámara seguí tu recorrido, y vi cómo tu cabeza terminaba enterrada debajo de un montón de basura. Pensé que se terminaba ahí, pero no: detecté el tráfico de datos que se originaba en tu posición y se desparramaba por toda la red planetaria.

—Te aseguraste de que nadie viniera a ayudarme.

—Cada vez que alguien te escribía pidiendo más información, intervenía la comunicación y los mandaba a cualquier parte. Más allá de eso, no sabía qué hacer. ¿Ir a buscarte yo, y tirarte a la mitad del río? ¿Meter tu cráneo en una prensa hidráulica? Veía que el contrato seguía activo, pero que nadie lo reasignaba. Después de un tiempo lo entendí: debés ser el único que queda. El único androide que sigue trabajando para la agencia.

Fermín no dijo nada. Ramiro se puso de pie. En ese momento, Montiel lo miró, perplejo. Por un instante, se había olvidado de que el niño seguía allí.

—¿Ya me puedo ir? —preguntó el pibe.

Montiel no respondió. Se había puesto aún más pálido, casi enfermo.

—No te va a dejar ir —dijo Fermín. —Escuchaste demasiado.

Ramiro entró en pánico.

—¿Qué? No. No, yo no escuché nada. Yo... yo nada más hice lo que usted me dijo.

Se interrumpió, porque Montiel se puso de pie. Era un hombre grande. Su sombra cubrió al niño por completo. Aterrado, Ramiro quiso esquivarlo y correr hacia la puerta, pero Montiel lo aferró de un brazo y, con brutalidad, lo tiró al suelo.

—El botón rojo grande —dijo el androide.

Ramiro miró a su lado y vio la terminal de datos que controlaba al androide. Había quedado en el piso, olvidada. Montiel se avalanzó contra él, tratando de interponerse entre el niño y el aparato, pero llegó un instante tarde. Su pequeño dedo tocó la pantalla y luego una mole de más de cien kilos de peso lo golpeó, arrojándolo hacia atrás y empalando su nuca contra la perilla de un cajón.

Montiel nunca tuvo oportunidad de darse cuenta de lo que había hecho. Sólo percibió algo moviéndose junto a él a una velocidad sobrehumana, y luego oscuridad.

•

Fermín corrió un poco el cuerpo antes de sacar la foto que la agencia requería a la hora de cerrar un contrato. No hacía falta que en el encuadre apareciera también el cuerpo del niño.

Sospechaba el resto de la historia, pero de todas formas quiso comprobarla. Apoyó el pulgar inerte de Montiel en el lector de huellas de su celular y revisó los mensajes. En uno, Ramiro se quejaba de la interfaz neuronal que Montiel le había implantado. A través de ese dispositivo, el hombre le había enviado instrucciones precisas al respecto de dónde encontrar la cabeza del androide, así como también la manera de implantar una unidad de control a distancia sin que Fermín lo percibiera.

También comprobó que, por alguna razón para él inexplicable, Montiel había guardado en su celular una copia de los videos comprometedores que habían sido grabados en esa misma habitación y que tres años antes fueron presentados como evidencia en la denuncia que le hizo su ex esposa.

Lo último que hizo, antes de abandonar ese departamento para siempre, fue publicarlos, utilizando las cuentas de Montiel, en todas sus redes sociales.

•

El último mensaje de la agencia le llegó cuando recorría el galpón abandonado. Era un contrato ambicioso, que involucraba a tres objetivos diferentes. Por primera vez desde que se había iniciado en aquel oficio, no respondió inmediatamente.

Prendió la consola de juegos, y accedió a uno que había visto a Ramiro jugar repetidas veces. Comprobó que, cada vez que completaba un nivel, sus circuitos neuronales respondían de una manera muy similar a cuando enviaba la foto de un trabajo completado.

Rechazó el contrato y cambió el estado de su cuenta a «No disponible». Después, accedió a la configuración de la consola y puso al máximo el nivel de dificultad.

Completó cada nivel de ese juego de manera perfecta cerca de un millar de veces, antes de cerrarlo y abrir el siguiente.

Sobre el autor



Hay, por las pampas argentinas, en una ciudad que cuelga al borde del mar, un hombre al que le encanta contar historias. Algunas son ingenuas e inocentes como los sueños de un enamorado; otras, tienen esa cualidad terrorífica que caracteriza incluso a las peores pesadillas; las más, son historias nacidas del raciocinio y el análisis objetivo de un problema narrativo concreto. Es que, como sus personajes, este hombre es a la vez muchos hombres; un reflejo acrisolado de su contexto: su familia, sus amigos que partieron hace tiempo, su ciudad con alma de pueblo y su país de alma vaga e incumplidos delirios de grandeza. De él sólo podemos decir esto: quizás el hombre no sepa cómo realizar las tareas más mundanas, o cuál es la diferencia entre un cumplido y una declaración de amor encubierta; pero, lo que sí es seguro, es que siempre tendrá por allí alguna historia nueva que contar. Es que, para él, contar historias es casi tan fácil como caminar. Casi como si, en el

intrincado e incomprensible laberinto de sus sendas mentales, ambas cosas fueran prácticamente lo mismo.

Pablo Jacobo es escritor. Nació en el año 1983, apenas unos meses antes de que Alfonsín se sentara en el sillón de Rivadavia. Es oriundo de Mar del Plata, Argentina. Ha escrito infinidad de cuentos cortos, muchos de los cuales aún esperan que los saquen de un cajón y puedan ver la luz.

Se formó como director de cine, estuvo al frente del MARFICI (el Festival Internacional de Cine Independiente de Mar del Plata) y fue Director General en la Secretaría de Cultura del Partido de General Pueyrredón.

Recientemente, su relato breve titulado «El Mate» fue seleccionado como uno de los cuentos finalistas del concurso Con Cierta Memoria 2.

Encuentra más de estas historias en rakont.com